

los pecados de ellos, Vos padecéis por los míos; el dolor de Job era vehemente, el vuestro es veheméntísimo, hasta acabaros la vida. Y ¿seré yo tan ingrato que no me compadezca de Vos? ¿Cometeré nuevos pecados, con los cuales se acreciente vuestro dolor y aumente el gozo de vuestros enemigos?

**Punto 3.º** *Intenso dolor de María en esta ocasión.*—Considera aquí el dolor que la Virgen Santísima padeció en aquella primera vista de su Hijo, porque, en encontrándose los ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza: la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de la Madre; y callando ambos por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios. Aumentaba el dolor y amor de María el conocimiento claro que tenía de los afectos del Corazón de Jesús; porque sabía que se ofrecía en la cruz también por ella, y más por ella que por otra ninguna criatura, puesto que de aquella muerte le cabía más parte y la alcanzaba más fruto que á otra ninguna. Pues la que era tan humilde y agradecida, y sabía el valor de los dones y gracias que Dios había puesto en ella por los merecimientos de la Pasión y muerte de su Hijo, ¿con cuánta compasión, dolor y amor le miraría, viendo que tan á costa suya y con tanto dolor se las ganaba? ¡Oh! ¿Qué consejo tan alto fué el de Dios, que cuando su Hijo subió á la cruz desnudo y embriagado como otro Noé de los amores de la Iglesia su esposa, se le pusiese delante aquella Virgen, que ella sola valía más que toda la Iglesia! Ponte ahora entre estos dos crucificados, y levanta los ojos á ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos á ver la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo de sus dolores, de modo que estés tú también crucificado con ellos por verdadera imitación. ¡Oh Madre de dolor! Dadme parte en la aflicción que sintió vuestra alma al contemplar por primera vez á vuestro Hijo puesto en la cruz; penetrad mi corazón con la espada que atravesó el vuestro, y no permitáis vuelva á cometer los pecados que tal estrago hicieron en vuestro Hijo. Y nosotros, ¿cómo agradecemos á María la pena que en esta ocasión sintió? ¿Se la aumentamos con nuevas caídas en el pecado?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cuán aflictivo y lamentable fué el estado en que se halló Jesús después de la crucifixión! No es posible tenga corazón quien lo medita y no se compadece de Él. Clavado en la cruz, los soldados la levantan en alto, y con ímpetu, y de golpe, la echan en el hoyo abierto en la tierra, estremeciéndose todo el cuerpo de Jesús. Tres clavos lo sostienen en alto, y con su peso vanse rasgando con acerbo dolor las heridas de los pies y de las manos. En ninguna parte puede apoyar la cabeza sin que aumenten inmensamente el dolor las

espinas de que está cubierta. Arroyos de sangre corren de sus heridas. Vese rodeado de innumerable multitud de gentes que le contemplan vergonzoso y desnudo entre el cielo y la tierra. Los unos se alegran, los otros gritan; éstos lloran movidos de sentimiento de compasión natural; aquéllos están con el alma partida de dolor, porque en Él ven á un Padre, á un amigo, á un bienhechor. Pero entre toda la multitud, los ojos de Jesús buscan á su Madre, ya porque en la aflicción es natural el dirigirse á la persona más amada, ya también porque entre todos los presentes, ninguno le amaba y compadecía como María. ¡Oh dolor de la Madre! ¡Oh angustia del Hijo! ¡Cuán ingratos somos si no sabemos compadecernos de ellos! ¿Qué exige de nosotros la compasión de estos dos personajes tan dignos de nuestro amor? Pidámosles que nos hagan participantes de sus dolores, y sobre todo de su paciencia inalterable en sufrirlos; formemos resoluciones de abrazarnos con nuestra cruz, y para cumplirlas acudamos con fervientes y amorosos coloquios á Jesucristo y á la Virgen Santísima, rogándoles por nosotros y por todo el mundo.

#### 55.—MISTERIOS ENCERRADOS EN JESÚS CRUCIFICADO.

PRELUDIO 1.º Jesús crucificado es nuestro Dios, nuestro sumo Sacerdote y nuestro Maestro.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús clavado en la cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de venerar con humildad y escuchar con docilidad á Jesús crucificado.

**Punto 1.º** *Jesús crucificado es nuestro Dios.*—Considera cómo este Señor que está crucificado es aquel Dios eterno é inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines, y anda sobre las plumas de los vientos. Es sumamente sabio y todopoderoso, por quien fueron criadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y, como dice Isaías <sup>1</sup>: «Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra», porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva. Y después que hubieres considerado esto, baja los ojos á mirar la extremada miseria y bajeza de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está suspendido con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte á otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor, y le atormentarán hasta quitarle la vida. Y haciendo comparación de lo que esta divina Persona tiene en estos dos tronos, quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido á tanta bajeza; y

<sup>1</sup> Isai., xl, 12.

cubriendo como los serafines lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzar á comprenderlo, dirás con grande afecto<sup>1</sup>: «Santo, Santo, Santo sois, Señor Dios de los ejércitos»; tres veces santo por los tres dedos con que sustentáis el mundo; y otras tres veces Santo por los tres clavos que sustentan vuestro cuerpo en la cruz; y mucho más otras tres veces por otros tres clavos con que os habéis enclavado, á saber: Amor á los hombres, obediencia á vuestro Padre, y celo de nuestro bien. ¡Oh Redentor soberano! Gracias os doy por este amor, obediencia y celo con que estáis fijado en la cruz. Suplícoos, Señor, que me clavéis con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre os ame más que á mí, y obedezca á vuestra voluntad, sin hacer caso de la mía, y cele vuestra honra y mi salvación eterna, sin cuidar mucho de lo que presto se pasa! ¿Cómo te conduces tú acerca de esto? ¿Cómo piensas respecto de estas virtudes? ¿No te admira la infinita grandeza de Dios sumergida en tales bajezas?

**Punto 2.º** *Jesús crucificado es Sacerdote.*—Luego has de considerar cómo este Señor que está en la cruz, es aquel gran sacerdote según el orden de Melquisedech, supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios, con más excelencia que Aarón, príncipe de los pastores<sup>2</sup> y obispo vigilantísimo de nuestras almas; el cual subió á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el más excelente que jamás se ofreció en la tierra. Las insignias de este sumo sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por mitra tiene una corona de espinas fija en su cabeza, porque es cabeza perpetua de la Iglesia, y sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El báculo pastoral es la cruz. El anillo son los clavos en las manos. La vestidura sacerdotal de varios colores es su carne labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el *Sancta Sanctorum* á ofrecer sacrificio<sup>3</sup>, no de animales, sino de sí mismo; no por sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio común que se divide, sino holocausto que todo se abraza con fuego de dolor y con fuego de amor, derramando toda su sangre en remisión de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz. ¡Oh cuán caro le costó á este sumo sacerdote aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no se contentó con ofrecer carne y sangre de animales, sino su propia carne y sangre unidas con su divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como esta para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¡Oh supremo Pontífice y Pastor de mi alma! ¿Qué os daré por este sacrificio que estáis ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir á ese vuestro sacrificio san-

<sup>1</sup> Isai., vi, 3. — <sup>2</sup> I Petr., v, 4; II, 25. — <sup>3</sup> Hebr., ix, 12.

griento, y ofreceros un sacrificio de mi corazón contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra Vos, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padecéis por mí. Y tú, ¿qué sacrificio ofreces á Dios? ¿Le ofreces, cuando menos, sacrificio de alabanza en agradecimiento del que Él ofrece por ti?

**Punto 3.º** *Jesús crucificado es nuestro Maestro.*—Aquí has de mirar á Jesucristo crucificado como á doctor y maestro, enviado por el eterno Padre al mundo para enseñarnos los caminos de la verdad y de la virtud, y las sendas de la santidad y perfección, el cual, habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube á la cátedra de la cruz, y allí hace un epílogo de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfección; porque, así como cuando comenzó á predicar se subió á un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca, y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos de virtud en que se funda la perfección evangélica; así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz, platica estas mismas virtudes y las ejercita con la mayor excelencia que jamás se ejercitaron. Pondera bien cuán excesiva fué su pobreza, humildad y mansedumbre, y oye cómo te dice Dios al corazón aquellas palabras que dijo á Moisés<sup>1</sup>: «Mira y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte»; esto es, mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra según ellas, aprendiendo la lección que te ha leído. Y para cumplir este encargo del Señor, has de ponerte á los pies de la cruz, y oír la lección que está leyendo Cristo crucificado, no siendo perezoso en escucharla y repetirla, pues le cuesta tanto el leerla; imprimela en tu corazón, y ponla luego por obra con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol<sup>2</sup>: «No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino á Cristo, y éste crucificado». ¡Oh Maestro soberano! Vos dijisteis<sup>3</sup>: «Si fuere levantado de la tierra, traeré á Mí todas las cosas»: atraed mi memoria, para que piense siempre lo que ahí me enseñáis, mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que lo ame, y todo mi espíritu para que lo imite. ¡Oh alma! Contempla con atención y silencio á tu divino Maestro: ¿qué fruto has sacado de sus lecciones? ¿Las has aprendido con la perfección que Él desea?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh! ¿Qué misterios tan profundos y qué enseñanzas tan sublimes están encerradas en Jesucristo crucificado! Él es aquel Dios omnipotente que, sentado sobre querubines, gobierna á las gentes con cetro de hierro, con su mirada hace temblar la tierra y en su mano empuña las riendas del universo; y para mostrar el amor que ha tenido á los hombres, la obediencia que á su eterno Padre profesa, y el celo que por

<sup>1</sup> Exod., xxv, 40. — <sup>2</sup> I Cor., II, 2. — <sup>3</sup> Joan., xii, 32.

el bien de la humanidad le abrasa, ha descendido de su trono para subir al trono afrentoso de la cruz, en donde ha sido colgado de tres clavos durísimos. ¡Oh amor de Dios! ¡Cuán grande es tu eficacia y poder! Es también el Sumo Sacerdote que, revestido con nuevas y humillantes vestiduras, ha entrado en el *Sancta Sanctorum* una sola vez, para ofrecer un holocausto perfectísimo para la remisión de los pecados del mundo; pero ¡qué holocausto! Su mismo cuerpo y sangre abrasados con el fuego del amor y del dolor. ¡Oh pecado! ¡Cuán enorme mal eres, cuando tal sacrificio se necesita para destruirte! Es, además, el supremo Doctor y Maestro, venido al mundo para enseñarle la verdad, al cual su mismo Padre encargó que oyéramos dócilmente. ¡Qué enseñanzas tan prácticas nos da! ¡Qué virtudes tan perfectas nos predica! Y en vista de esto, ¿agradecemos nosotros la benignidad de este soberano Señor, el sacrificio de este sumo Sacerdote, y las enseñanzas de este divino Maestro? ¿Aprendemos las lecciones que nos lee desde la cruz? No seamos discípulos desaprovechados y no sean en vano las enseñanzas de este sapientísimo Maestro. Oigámosle con atención, y hagamos propósitos de poner en práctica lo que nos enseña. Pidamos la gracia de practicarle, y roguemos por todo lo demás.

#### 56.— TÍTULO PUESTO SOBRE LA CRUZ.

PRELUDIO 1.º Pusieron sobre la cruz un título que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», y estaba escrito en hebreo, griego y latín.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús crucificado y á los judíos poniendo el título sobre su cruz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de penetrar la significación de este título, y honrar por él al que le lleva.

**Punto 1.º Jesús Nazareno.**—En estas dos palabras se encierran las dos causas principales de su crucifixión y muerte. Jesús quiere decir Salvador, y se le puso este nombre porque vino á salvar al mundo y á librarle de los pecados que tenía y de las penas que por ellos merecía; y por esta causa fué crucificado, para que con su muerte y derramamiento de su sangre acabase la obra de nuestra redención. Este nombre se le puso en la Circuncisión, tomando posesión del oficio de Salvador con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz como título de su Pasión; porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece á este oficio con el derramamiento de toda su sangre; pues, como dice san Pablo<sup>1</sup>: «Sin derramamiento de sangre no hay redención de pecados ni salvación». ¡Oh! ¡Cuán dulce, suave y grato ha de ser para tu espíritu el

<sup>1</sup> Hebr., ix, 22.

inefable nombre de Jesús, de que el Señor se gloria en estos últimos instantes de su vida! Pondera luego el nombre *Nazareno*, que quiere decir florido; en el cual se indica la segunda causa de haber subido Jesús al árbol de la cruz, que fué para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo: flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad. Estas flores brotan con grande abundancia, derramando en torno de sí un precioso perfume de santidad, con el cual embriaga y conforta á sus escogidos para que las practiquen y lleguen á ser santos y nazarenos como Él. ¡Oh Jesús Nazareno! ¡Cuán florido estáis! Toda la vida fuisteis muy florido; pero mucho más lo estáis al fin de ella. Bien podéis decir á vuestra Esposa la Iglesia<sup>1</sup>: «Nuestro lecho es florido», porque el lecho de la cruz está lleno de flores olorosísimas que brotáis en ella. ¡Oh! ¡Si nosotros supiésemos oler estas flores y alentarnos á producir otras como ellas! ¿Nos ejercitamos en la meditación de las virtudes que ejercita Jesús? ¿Procuramos que su nombre santo no sea vano para nosotros?

**Punto 2.º Rey de los judíos.**—La tercera palabra del título es *Rey*; en la cual se significa la causa porque Pilatos condenó á Cristo á ser crucificado; es á saber: porque los judíos le acusaban de que quería ser su rey, y porque de verdad era Rey, no temporal, sino eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad desde la cruz, porque escrito estaba<sup>2</sup> que Dios reinaría desde el madero; porque como el reino del pecado comenzó en un árbol, por la desobediencia del primer Adán, así el reino de Dios comenzó en otro árbol, por la obediencia de Cristo, que murió en él. De lo cual debes sacar que, si quieres reinar con Cristo, ha de comenzar tu reinado también desde la cruz, crucificando en ella tu hombre viejo, y destruyendo el cuerpo del pecado, porque los reinos de la tierra gózanse viviendo; pero el de Cristo muriendo. ¡Oh! ¡Quién supiera morir para todas las cosas del mundo de tal modo que toda mi gloria fuese Cristo y Éste crucificado! Pondera la última palabra del título, que es *Rey de los judíos*; y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado; pero no por esto dejó de ser Rey, enviado por el Eterno Padre para que reinase en ellos y en todos aquellos que tuviesen la significación de su nombre, que es confesar con verdadera confesión lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y á esta causa el título se escribió en hebreo, griego y latín, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan á este Rey y le adoren; y toda lengua, como dice san Pablo<sup>3</sup>, confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre. ¡Oh Hijo de Dios

<sup>1</sup> Cant., i, 15. — <sup>2</sup> Psalm. xcvi, 10. — <sup>3</sup> Philip., ii, 11.

vivo! Confieso que os cuadra muy bien este glorioso título, porque Vos solo y no otro sois Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¡Oh si todo el mundo leyese este título y lo admitiese, y todos os confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano, en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvación! Por ti serán oídas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. ¿Qué aprecio hacemos nosotros de este título? ¿Reconocemos por nuestro Rey á Jesús crucificado? ¿Deseamos reinar con Él?

**Punto 3.º** *Los judíos quieren cambiar el título, y Pilatos se opone.*—Habiendo muchos leído este título, los pontífices de los judíos dijeron á Pilatos: «No escribas Rey de los judíos, sino Él dijo: Rey soy de los judíos». Pero Pilatos respondió: «Lo que escribí, escribí». Acerca de lo cual has de considerar tres suertes de personas que leyeron el título de la cruz de Cristo. La primera fué de los pontífices y fariseos y otros malintencionados enemigos de Cristo, los cuales le tuvieron por falso, y quisieron enmendarlo; y éstos son figura de los herejes y demás infieles que oyen ó leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer. Otros leyeron el mismo título por curiosidad, como es costumbre en tales casos; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron ni penetraron el misterio que encerraba; y éstos figuran á aquellos que oyen y leen las cosas de Cristo, y las creen á bulto y sin ahondar ni penetrar los misterios que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas. La tercera suerte de hombres fueron la Virgen Santísima, san Juan y las devotas mujeres que se hallaban en el Calvario, los cuales leyeron el título con devoción, y lo entendieron, y penetraron su sentido con grande afecto de su corazón; y éstos figuran á aquellos que leen las verdades de la fe, y procuran meditarlas y rumiarlas con devoción y espíritu para su propio provecho. ¡Oh, si todos perteneciésemos á esta afortunada clase! Pondera luego cómo Pilatos, movido de divina inspiración, no quiso cambiar el título, por más que se lo rogaron; en lo cual se significa que era verdad lo que decía, y que ninguna razón humana puede hacer que se mude la verdad de lo que Dios ha enseñado; y así lo que está escrito en la divina Escritura, escrito estará, sin que nadie lo pueda borrar. ¡Oh Salvador del mundo! Pues tan amigo sois de firmeza, que no consentisteis que se mudase una letra de este título, suplicóos me hagáis tan constante en vuestro servicio, que ninguna persuasión de mis enemigos baste á derribarme de él. Pero ¿qué debo yo hacer para esto? ¿Cómo leo ú oigo las verdades de la religión? ¿Qué firmeza tengo en mis propósitos?

**Epílogo y coloquios.** ¡Oh cuán admirable es la Providencia del Señor! En medio de las injurias y ultrajes de que es

blanco el divino Redentor crucificado, dispone su Majestad que reciba la mayor gloria y claridad que podía desear, y los mismos judíos que le afrentan, son los instrumentos de que se vale para glorificar á su Hijo. Ponen en lo alto de la cruz un título, el más honroso, glorioso y honorífico que podía darse al Señor, en el cual se compendian las causas de su muerte, y se resumen las ilustres virtudes y sublimes grandezas que le enriquecieron. Jesús Nazareno, Rey de los judíos. ¿Qué más podía decirse en honor de nuestro Redentor? Si es Jesús, es Dios y hombre verdadero, uniéndose en una misma persona las sublimes excelencias y atributos de la divinidad y las bajezas de la humanidad, para salud de los hombres. Si es Nazareno, es florido con todas las flores más preciosas, olorosas y delicadas de las virtudes; es santo por excelencia y fuente de santidad. Si es Rey, ejerce soberano dominio sobre todas las cosas, obedeciendo todas puntualmente á la insinuación de su voluntad. Si es Rey de los judíos, todos los que con verdad confiesen y alaben á Dios, han de reconocerle por dueño y soberano, y han de ponerse bajo sus órdenes, si desean que sus alabanzas y confesiones sean aceptas al Señor. ¡Oh, si todos leyésemos con atención, penetrásemos el sentido, y obrásemos según la divina enseñanza que encierra este glorioso título! ¿Cómo lo leemos? ¿Imitamos á los fariseos, que querían enmendarle? ¿O á la chusma que lo leyó por curiosidad sin ahondar en su significado? ¿Confesamos con las obras que Jesús es nuestro Salvador, nuestro Rey y nuestro Maestro? ¿Imitamos las preciosas flores de las virtudes que brotan en la cruz? Abomine-mos el proceder de aquellos que no quisieron que Jesús reinase sobre ellos; propongamos conducirnos siempre como fieles súbditos de este Rey, y para alcanzarlo pidamos las gracias que necesitamos, y roguemos por todo el mundo.

#### 57.—PARTICIÓN DE LAS VESTIDURAS.

PRELUDIO 1.º Los soldados que habían crucificado á Cristo se partieron sus vestiduras, sortearon su túnica y sentados le guardaban.

PRELUDIO 2.º Representate á estos soldados, enajenando á la vista de Jesucristo sus sagradas vestiduras.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de amar la pobreza y demás virtudes que brillan en Jesucristo.

**Punto 1.º** *Los soldados parten las vestiduras de Cristo.*—Después que los soldados terminaron la crucifixión del Señor, tomaron sus vestiduras, partiéronlas en cuatro partes, tomando cada uno la suya<sup>1</sup>. Sobre esta partición has de considerar las causas que la motivaron y los misterios que encierra. De parte

<sup>1</sup> Joan., xix, 23.